



CALANDRAJAS

Papeles de arte y pensamiento

Edita: Tertulia Calandrajás
Apartado 247

TOLEDO

NUM. 18
MAYO, 1988

Algunos domingos íbamos a misa a la catedral y, antes y después de misa, se podía pasear por sus naves, bajo las altas bóvedas de crucería. Pero los más íbamos a misa de doce a una iglesia que, aunque no muy pequeña, rebosaba de gente: la gente elegante de Toledo. Se conocían todos y se saludaban. Yo también empezaba a conocer y a saludar. Las señoras muy pintadas y con sombrero. Los profesores de la Academia de uniforme de media gala, algunos con leguis y polainas, pues habían estado montando a caballo. Entre chicos y chicas, todo era malicia y coqueterías. Todo era vida vulgar y de la más repetida —esto lo he comprendido después—, de la que no puede eludirse.

Mientras duraba la misa, yo me oponía en mi interior a todo aquello, y procuraba concentrar mi atención en las lucecitas de las velas encendidas en el altar. Me oponía religiosamente, sintiéndome más cerca de Dios que del uniforme de los militares o de las miradas de reojo de las muchachas. . . Y, sin embargo. . .

¿Qué tenía que ver aquella gente con mis hombres y mujeres de Toledo? ¿Cómo podían vivir todos estos señores y señoras, paisanos y militares, dentro de las casas ocupadas por los otros? Necesariamente, tenía que haber dos ciudades distintas o superpuestas: una más superficial y otra más honda.

(Luis Felipe Vivanco, *Los ojos de Toledo*; Barcelona, 1953; pp. 57-58)